

Don Cándido y su bicarbonato

Era Don Cándido un ser dotado de una gran simpatía y que cosechaba amistad porque su ilusión en la vida, era sembrarla. Gran filósofo y muy religioso, siempre decía que para él, la Quinta, era de las Bienaventuranzas una de las que más le apasionaban "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".

Era bajito, medía 162 cms. y, pesándose, nunca llegó a los 70 kilos, aunque él decía que por Canarias tenía uno menos.

Había nacido bajo el signo de Piscis, que es el domicilio nocturno de Júpiter, del que representa las características en modo pasivo. Simboliza bondad innata, generosidad, altruísmo, abnegado, caritativo y siempre dispuesto a prestar ayuda. No ve maldad en nada. Le falta audacia. Es sentimental y Venus tiene su exaltación en este signo. No obstante a Don Cándido, las aventuras amorosas siempre distaron mucho de serle afortunadas. Fue esto último la causa por la cual un día decidió hacer un crucero en el Achilo Lauro por el Mediterráneo. Por allí conoció el Templo de Adriano, el de Athenea, la Mezquita Isa-Bey, el Odeón; anduvo por la calle Pitinillos, la Fuente de Trajano y muchas cosas más pero a él lo que más le ilusionaba era beber y beber mucha agua en la Fuente del dios Príamo... pero como decía Monseñr Gibier, Obispo de Versalles "las ilusiones son como las hojas de los árboles, con ellas se respira".

Don Cándido había gozado siempre de buena salud, pero de un tiempo acá, como buen filósofo solía decir que "nacer, es empezar a morir" y que la enfermedad es la manifestación de nuestra caducidad, de nuestro destino a la transformación.

Su Dupuytren, su úlcera de estómago, a veces le causaba dolor, pero él, cuando se acordaba de esto, siempre contestaba diciendo que ya el poeta Ernest Junger había dicho que "el dolor es el verdadero capital de nuestro tiempo, la moneda en que se paga".

Me atrevía a decirle que para sufrir, valía más no haber nacido, y él me contestó con la vieja sentencia de Tertuliano: "Homo est que futurus est (es hombre, el que está destinado a serlo).

Siguió hablándome... Por consiguiente tu enfermedad, te anuncia la verdad de tu ser: que estás en camino de abandonar la figura terrena y establecerte en el futuro absoluto.

Volvió Don Cándido a hacer uso del bicarbonato, comentó que era barato y que por ello no llevaba punto negro y, que la causa de la segunda dosis era que la noche anterior, con unos amigos, habían estado libando botellas de vino, para otorgar premios a la mejor cosecha de los últimos años, que si la cava, que si la crianza, si éste está algo ajerezado, y lo de siempre, que si el corcho no era de buena calidad. Pero la verdad es que al final la discusión fue que se habían equivocado y que la capacidad de la botella de 0,75 ó un litro, ellos habían creído que eran grados de alcohol, y como V. comprende, un grado de alcohol no le hace daño a nadie, ni a los olímpicos de Seúl y, acordamos no considerarlo "doping".

Ví como con su diestra golpeaba el bote de Torrez Muñoz, lo depositava en la plama de la mano izquierda y, a la alntigua usanza lo acercaba a la boca, para al mismo tiempo decirme, esto es lo malo del Dupuytren, siempre se desperdicia un poco.

Me dí cuenta que sus dedos índice y anular estaban en ángulo recto y fue entonces cuando me contó su tragedia, cuando de acera a acera saludaba a los amigos y, alguno con malas intenciones le contestaba ...pa tu madre. Desde entonces saluda con el sombrero.

Unos eructos, presagio de la eficacia terapéutica, le devolvió la alegría del bienestar, se sonrió y me contó los apuros que había pasado en Londres, con niebla y en busca de una farmacia, en demanda de su blanco polvo del bicarbonato. Topó al fin una, sonó la campanilla anunciadora de nuevo cliente, salió un mancebo (hombre, claro está) y le pidió en voz muy bajita como solemos hacer los

españoles en el extranjero... Por favor bicarbonato sódico, no le entendió... salió un segundo mancebo y tampoco... hasta que salió el titular o Licenciado y el bueno de Don Cándido le repitió, Bicarbonato Sódico. Con gran admiración el Boticario contestó ¡¡Ah!! ¡Sodi bicarbonat!

Nadie supo lo que masculló Don Cándido, pero si se le vió desconfiado leer en el envase "Sodium Bicarbonate Cheltenham England. Sólo comentó que el envase no tenía el agujerito ni la flecha para hacerlos coincidir, sino un gran cuadrado por donde salir mayor cantidad. Seguro que lo precisan, comentó. Aproveché la ocasión para preguntarle por qué no se operaba de su Dupuytren, y me contestó que era muy arriesgado y que según Kant "la mano que permite al hombre posesionarse de todas las cosas es su cerebro externo". También se refirió a Aristóteles que decía "el espíritu inventa, la mano del hombre crea".

Me permití aconsejarle que cuanto antes mejor. Volvió a sonreirse y me contestó que tenía mucho tiempo para seguir pensándoselo, y así lo hacía era tan solo por la toma del bicarbonato y por lo de los saludos con la mano y que él era como Cristóbal Colón, pues en la Seguridad Social la habían dado en lista de espera el 12 de octubre de 1.992. No sé que dijo del otro huevo, pero si me añadió que particularmente no podía hacerlo porque sus cuentas bancarias estaban en números rojos.

Me atrevía a preguntarle si no sería el miedo a la intervención quirúrgica, a sus complicaciones e incluso a la muerte. Su cocontestación hoy todavía me hace seguir meditando y me conforta.

"Ciertamente la muerte no es el fin definitivo de la vida, sino mera supresión de su dimensión histórica e irrupción en su dimensión eterna".

Esta irrupción sólo es posible a través de la muerte. Terminó diciéndome que él compartía con Karl Holl "No me dejaré robar mi muerte".

DR. LOUREIRO

(para la Peña Cero en su X aniversario)